

## UNA APROXIMACIÓN A MANUEL AZAÑA

Por Eduardo Haro Tecglen

En las vísperas de la República, Azaña era un hombre desconocido para el pueblo. Tenía un relativo prestigio intelectual, pero reducido: probablemente porque Ortega y Gasset no le dejó nunca escribir en El Sol —se odiaban mutuamente—, y sólo este periódico y algunas revistas minoritarias daban con su censo de colaboradores el reconocimiento. Era, sin embargo, secretario, luego presidente, del Ateneo de Madrid, lo cual tenía una importancia cultural y política. Francisco Ayala le describe "en su rincón oscuro" de ese Ateneo. La casa ha sido siempre sombría, y parece que don Manuel buscaba esas sombras.

Giménez Caballero le veía por los corredores, paseando con las manos en los bolsillos del pantalón: "Me impresionó siempre su faz esteárica, exangüe, decolorada, obesa. En otra ocasión dijo de la cara de Azaña que era "una abultada palidez con gafas", "rasgos abultados, pálidos, sensuales, sin aridez alguna. Se dirían rasgos de un tímido y linfático. Pero los labios, carniceros. La sonrisa, voraz y sin misericordia. La mirada, glacial, fina, profunda, lejana, implacable".

De ese aspecto, Bergamín deducía que se le podía aplicar la frase de Valle-Inclán sobre Bradomín: "Feo, católico y sentimental". Ayala le vio también en "un rincón" de La Granja del Henar: "Era nuestro hombre un escritor oscuro, no sólo porque su fama estaba restringida (...), sino oscuro también porque, vistiendo siempre colores apagados y un tanto lúgubres, sobrio en sus palabras, severo de ademanes, frío, su estampa toda estaba impregnada de esa austeridad -y esa autoridad- que hizo proverbial en Europa durante siglos pasados el sosiego castellano o español".

Es notable que en todos los retratos de sus testigos aparezcan las mismas palabras: frialdad, oscuridad, sombras de rincón, silencio. Y la fealdad. El pueblo la asumió: cuando le llamó El Verrugas —las tenía, además— lo hizo de una manera cariñosa para quien llegó a ser un ídolo. Y el enemigo la ensalzó como reflejo de su alma: fea, monstruosa. Infernal. Fue víctima fácil y continua de los caricaturistas cuando le llegó el momento de la popularidad.

### Amado, odiado, olvidado

Su dualidad característica de héroe español, amado y odiado, y después olvidado durante mucho tiempo y desconocido, es ahora impresionante. Tuvo un culto a la personalidad extraordinario, y fue también el español más vituperado de la historia. Lo fue antes y durante la guerra civil, y el odio de sus enemigos le siguió mucho tiempo después de su muerte en el exilio.

Caro Baroja lo señala con estas palabras: "Don Manuel se convirtió en ídolo de la izquierda, y frente a esa idealización hecha con alguna base, en verdad, la derecha creó el mito infernal, según el cual Azaña era un monstruo horrible. Esto no tenía el menor fundamento, pero se propaló por todas las vías posibles. Es curioso advertir la capacidad que ha tenido siempre la derecha para satirizar en grueso, inventar horrores y calumniar fieramente a sus enemigos".

La conversión de Azaña en mito por necesidad de la izquierda partía, además de las bases reconocidas a su talento y a su capacidad teórica, de una especie de necesidad de creación de un personaje para una República monárquica; una encarnación del país nuevo en un hombre fundamental, emblemático, representativo. Era una época universal donde estos personajes funcionaban. Mussolini, el primero, tenía en Europa una infinidad de seguidores, a partir del propio Churchill; el fascismo había nacido en las democracias —Houston Chamberlain, De Maistre, Legouvé...— y ensalzó después a Hitler: eran a su vez remedos de Stalin, de Lenin.

Se creía en el hombre dotado de una capacidad especial, de una designación para dirigir masas. Filósofos y escritores políticos especulaban en torno al superhombre, del que había dejado definiciones Nietzsche. Cuando el fascismo pasó a la agresión, las democracias tuvieron que elegir también sus hombres, caracterizarlos de providenciales y colocarles uniformes más o menos fantásticos: Churchill, Roosevelt, De Gaulle. También se izaron estos seres en los países pequeños.

Cuando la República llegó a España, en 1931, Europa atravesaba por la época que se ha llamado crisis de las democracias: la creencia, incluso por notables personajes de la izquierda, de que las democracias se perderían por sus flaquezas —incluyendo el Parlamento, y los partidos políticos, y las dudas respecto al valor de las mayorías— frente a las dictaduras de Mussolini, Hitler o Stalin; más aún si llegaba a haber guerra. En España fascinaba más Mussolini, y surgió una cantidad considerable de aspirantes a ese puesto, incluso en contacto con el Duce: unos puramente anecdóticos, del tipo del doctor Albiñana; otros con características y poderes más fundamentados, como José Calvo Sotelo o José María Gil Robles; incluso Lerroux. Más tarde, José Antonio Primo de Rivera.

### Mussolinianos

Todos los mussolinianos con posibilidades eran, en principio, monárquicos —excepto Lerroux y Gil Robles, que intentaron esa forma de poder desde el Gobierno conocido como del bienio negro, llamados por el electorado; Franco les mandó al exilio por ello—; el verdadero pleito era el de monárquicos contra republicanos. La República creyó encontrar en Azaña a su hombre fuerte, y le izó rápidamente al poder.

Cómo el hombre oscuro y aficionado al rincón y la sombra se convirtió en esta figura pública es un misterio que se debe, sin duda, a la transformación de su personalidad. Azaña era hijo de una familia de la alta burguesía de Alcalá de Henares, procedente de un pueblo de Toledo cuyo nombre tenían: Azaña (hoy, Numancia de la Sagra: el nombre se lo dio, sobre todo por borrar el maldito de Azaña, el comandante del escuadrón de caballería del regimiento Numancia que lo tomó, sin ninguna resistencia numantina; el mismo comandante, o los vecinos sobre los que dispuso, nombró una calle con su nombre: sigue existiendo).

En Alcalá habían comerciado y se habían hecho industriales: fábricas de aceite y jabón. Llegaron a ser bastante ricos, y luego se arruinaron. Azaña fue educado como correspondía a la burguesía de provincia: frailes —en El Escorial: lo contó en su primera novela, El jardín de los frailes—, final de la carrera de Derecho en Madrid, viajes de ampliación de estudios a París. Su

vocación era literaria: no bien recompensada, como ha quedado dicho. Y la política. Muchos de sus escritos lo eran, y quiso ser diputado por el partido de Melquíades Álvarez: no salió. Luego se apartó de don Melquíades cuando éste se inclinó a favor de la dictadura de Primo de Rivera, como hicieron otros políticos de izquierda y de derecha y algunos intelectuales menores. Le atrajo el krausismo, la Institución Libre de Enseñanza, con Giner de los Ríos, que fue el maestro de todos. Le quedaron toda su vida algunos de los puntos de la Institución: los largos paseos por la sierra, el amor a la tradición de España que había sido soterrada, un pensamiento libre, un libre examen de cada tema.

De esta forma de cohonestar la tradición borrada, de descascarillar de la ganga imperial y católica —clerical— que embarraba la sociedad de los siglos españoles, o de considerar con ojos nuevos la realidad histórica de España, le nació el pensamiento que conectaba con el regeneracionismo de Costa, y una ideología propia que de ninguna manera consideraba como utópica. Se puede decir que el ideario de Azaña fue el verdadero pensamiento estable, pero minoritario, de la II República Española: un pensamiento estrictamente republicano. Pero cuando llegó la República, todo su esfuerzo lo vertía en el Ateneo de Madrid, en un alto empleo alimenticio conseguido por oposición en el Ministerio de Gracia y Justicia, y sus escritos en La Pluma o en España, que fundó con Rivas Cherif.

Hay que valorar en mucho la amistad con ese intelectual dedicado al teatro: desde la Facultad y los viajes a París, y los paseos por la sierra, hasta la incursión de Azaña en el teatro —La corona, estrenada por Margarita Xirgu bajo la dirección de Rivas Cherif en el teatro Español—, Rivas le acompañó siempre. La calumnia diría después que la amistad se inclinaba a la homosexualidad.

Azaña se casó con Dolores, hermana de Rivas Cherif (22 años más joven que él), y se formó un bloque familiar. Fue el mismo que partiría al exilio: el último homenaje de Rivas Cherif a Azaña fue atestiguar que no había confesado ni comulgado antes de morir, como aseguraban —y aún lo hacen— sus enemigos. No es que hubiera tenido ninguna importancia política el hecho de la contradicción en una agonía, pero al falsear la muerte se quería decir que Azaña había reconocido el error de su vida, o su vida como error, lo cual implicaba que lo hubiese sido toda la República, toda su acción, todo su pensamiento.

Esta traición póstuma la cometió el franquismo con muchos de sus enemigos, y un frailecillo importante —Félix García— estuvo especializado en correr a las cabeceras de los confusos y nublados moribundos para arrancarles una última confesión y absolverles. No excluyo que lo hiciera con buena fe y ánimo de salvación eterna.

Manuel Azaña surgió del casi anonimato para ser ministro de la Guerra, de la República, a la que se llamó de intelectuales de todas clases, parodiando el artículo 1 de la Constitución (que la definía como una República de trabajadores de todas clases). Tomó a su cargo una labor imposible: la depuración del Ejército, en gran parte monárquico, a partir de una oferta generosa de retiro con todo el sueldo —la ley de Azaña— a quienes tuvieran reparos de conciencia, y una corrección de escalafones y destinos.

Muchas veces se le ha acusado de haber provocado con esa ley la insurrección de los militares en 1936, incluso por parte de la izquierda. No es posible escribir la historia al revés, pero lo cierto es que la rebelión la hicieron los militares colocados en altos puestos por la República y que habían jurado bandera y Constitución: Franco, Mola y los demás. El único que quiso llegar desde fuera fue Sanjurjo, monárquico, en el exilio por la sublevación primera, la del 10 de agosto: se mató al estrellarse la avioneta que le transportaba desde Lisboa, y según su piloto, Ansaldo, fue por el exceso de equipaje: cargó uniformes de gala, sables y condecoraciones para tomar posesión de la jefatura del nuevo Estado. La trilogía de las acusaciones esenciales contra Azaña era: la del ataque al Ejército, la de la ofensa a la religión católica, con su frase "España ha dejado de ser católica", y la lucha de la República contra los jesuitas y algunos obispos, principalmente frente al cardenal Segura, y una frase que nunca pronunció, la que se decía destinada al capitán Rojas, que mandó la guardia de asalto frente a la rebelión anarquista del pueblo de Casas Viejas: "¡A la barriga, a la barriga!", indicando dónde debían disparar. La salvajada de aquella represión, como las de otros lugares donde hubo insurrecciones locales, podía corresponder a quienes la hicieron directamente, pero indudablemente, también al ministro de Gobernación, Casares Quiroga, y al propio Azaña, como presidente del Consejo de Ministros. Le denunció la derecha, y se apartó de él la izquierda popular. Por aquí circulaba el drama de Azaña, más que por su pensamiento puro y claro: por la gobernación de España. Una parte del país esperaba de la República una especie de era de Pericles, espiritual y gozosa, un espíritu ateniense y ateneísta organizando el país; la otra, las reivindicaciones de sus siglos de sufrimiento. Cuando se trataba de ayudar a éstos, la otra parte protestaba: el artículo No es eso, no es eso, de Ortega y Gasset; las posiciones de Marañón y los otros intelectuales que formaron en la Monarquía "al servicio de la República", según su manifiesto, fueron las primeras muestras de separación.

La imposibilidad de llegar a una verdadera reforma agraria levantó a los campesinos, mientras leyes como la del divorcio o la enseñanza pública le alienaron el pensamiento católico.

### Un revolucionario

El pensamiento republicano, el pensamiento de Azaña, estaba en realidad poco compartido. Si la derecha le consideraba una encarnación del diablo, en la izquierda se separaban de él los socialistas y los escasos comunistas: Azaña nunca fue marxista, ni parece que comprendiese mucho ese tipo de pensamiento. Fue un revolucionario, pero de ninguna manera como le pintaron sus enemigos, ni tampoco como deseaban los que creían que España necesitaba una verdadera revolución de izquierdas para depurarse de su pasado.

La crispación de octubre de 1934, frente al Gobierno republicano de derechas de Lerroux-Gil Robles, y sus militares (Franco) reprimiendo los movimientos de Asturias, de Cataluña y de otros lugares de España, sirvió para que sus adversarios le metieran en la cárcel —con otros políticos— y para que se alzase más alto en la contrarrevolución electoral, la formación del Frente Popular y su triunfo en febrero de 1936: Azaña fue entonces presidente de la República. Una parte de la opinión de la izquierda creyó que Azaña había sido

apartado de la presidencia del Consejo de Ministros por arriba, para llevarle a un cargo representativo pero poco poderoso.

Habría que volver otra vez la historia para saber si Azaña, en un puesto ejecutivo, hubiera logrado contener la insurrección que estaba ya en marcha. Otra parte de la izquierda, en cambio, creyó que ése era su puesto real: el equilibrio, el sosiego, la frialdad y la capacidad de expresarse podrían vestir el cargo. En ese momento Azaña todavía era el ídolo popular de los grandes mítines que llenaban los estadios y los campos —Mestalla, Comillas, plazas de toros: con los escasos medios acústicos de entonces, y a veces con interrupciones de electricidad producidas por sabotaje—, pero su ideario se había quedado atrás: estaba desbordado.

Poco después de comenzada la guerra civil poco pudo ya hacer Azaña: emprender, entre las nieblas y los fríos de noviembre de 1936, el camino de escape que ya no volvería nunca atrás. Valencia, Cataluña —donde el Gobierno de la Generalitat le mantuvo a distancia y donde vivió como prisionero las luchas de distintas facciones—, los puestos fronterizos: y el camino helado por los Pirineos hasta Francia, donde seguía siendo presidente de una República de territorio decreciente hasta que las potencias occidentales reconocieron a Franco, y dimitió.

La República, sus Cortes y sus sucesivos Gobiernos siguieron malviviendo en el exilio, conservando siempre la esperanza de que la guerra mundial y un triunfo de los aliados les restaurarían en la legalidad. No hubo tal legalidad. Pero Azaña ya no participó en nada: sólo en la enfermedad y la muerte.

Todas las calumnias crecieron a partir de ese momento, y fue la víctima de todos. Después vino el olvido, con las otras generaciones, y un poco el enigma de quién hubiera podido ser ese hombre frío y solitario que presidió los últimos años de una República destrozada.

Probablemente los primeros pasos para lo que podríamos llamar la regeneración de Azaña en este país vinieron desde México, donde Juan Marichal se dedicó a la recopilación, ordenación y anotación de sus escritos, sobre todo del famoso diario, hoy uno de los más grandes documentos de nuestra historia. Se hicieron algunas publicaciones parciales, que llegaron clandestinamente: mucho más tarde, la edición de sus obras completas —siempre a cargo de Marichal— y las posibilidades de publicación de otras obras de azañistas, como la biografía de Emiliano Aguado.

#### Frialdad extraordinaria

Pero el mismo gran volumen de estas obras completas y la fragmentación en libros menores o en antologías, como la de la editorial Fenicia en 1978, no contribuyeron demasiado al conocimiento de Azaña.

Es posible que el primer contacto con el público actual de Manuel Azaña se hiciera con la representación de *La velada* en Benicarló, según versión de José Luis Gómez y de Gabriel y Galán y con la fortuna de una representación impecable y de la máxima elegancia teatral, que dirigió el propio José Luis Gómez (Bódalo hizo el papel de Azaña). *La velada*... fue un diálogo escrito por Azaña en el camino del exilio final.

La sensación de que realmente era un hombre de frialdad extraordinaria se produce cuando se piensa que en este país destrozado, entre bombardeos, perseguido a muerte, y en la Barcelona del sótano de Pedralbes donde vivió la guerra dentro de la guerra, el presidente de la República caída y asesinada se sentaba por las noches a escribir un diálogo de reflexiones extraordinariamente inteligentes sobre la naturaleza de España y de su guerra; seguro ya de que, como decía, ganase quien ganase, España perdía.

Es difícil saber si queda hoy algo de azañismo. Algunos han creído verlo en Felipe González, por su pragmatismo. Más bien parece que Felipe González creyó ver cuáles fueron los riesgos que acometió Azaña para no caer en ellos: respetar al Ejército, no montar a caballo al clero, no iniciar ninguna revolución campesina ni obrerista. Tampoco se ha entretenido, antes o ahora, en cuestiones intelectuales. Pero éste es un tipo de reflexión que no viene ahora a punto. El temor es que el pensamiento de Azaña ya no pueda iluminar a ningún sector político, y se convierta solamente en un gran clásico de la inteligencia española.